

LA BÚSQUEDA MAGENTA

GAUSS BÄAL-MOL

En un trazo pastel de color magenta, un tópico sonido *indie* se vuelve la musa del esparcimiento por el cuarto de una azotea, en la cual un seno de blanca palidez posa con una mano frágil decorada con unas uñas purpuras, un lienzo blanco por veces, a ratos oscurecido, deslucido por el marcado camino de un pincel que en manos de *Él* se convierte en alumbramiento artístico. La quietud es perfecta, el reloj se para, las hojas descendientes en pausa y en un giro de cámara de trescientos sesenta grados todo está sin movimiento alguno, un poco de frío con una sonrisa, un curvilíneo muslo circundante y un sofá de lona la mantienen postrada con su cabello a su espalda y en la hora de descanso... el futuro retrato ha quedado a la mitad.

Suele salir de su habitación una o dos veces por día a la tienda de abastos y granos básicos, su ventana permanece a oscuras siempre y jamás se escucha algún sonido u conversación, ni una visita, ni una llamada telefónica. En la tienda compra un par de cosas para el desayuno y el resto del día, sin charlas ni más, camina con una mirada directa.

La visión es clara, una danza profética de nebulosas burbujeantes que yacen del monte de venus de una mujer blanca, la sensación de erotismo simbólico enaltece a *Él*, quien mantiene una quietud pasma, que sobre piensa por las noches la sensación privada de su ser. Pero él se calma, sabe que no debe ceder al placer máximo, sabe que el ceder es una pérdida de voluntad humana que no volverá, que le despojará de su superlativa sustancia humana.

¡Pero esa noche!, en sueños, *Él*, camina sobre granos de azúcar del color más brillante que los ojos humanos han visto, camina por un sendero oscuro que le lleva a encontrar entre el ensoñamiento una llave plateada con runas primigenias. La toma con miedo, corre porque en la noche densa no encuentra salida, corre porque sabe que algo o alguien le observa en el abismo sideral de la nada, ¡Corre con las fuerzas famélicas de un cadáver! Y luego, al final del sendero de azúcar de plasma, ahí encuentra una figura esvelta desnuda ¡Le toma las manos y le obliga a introducir la llave entre la humedad de sus piernas! Le agita las manos con fuerza, *Él*, ante el miedo y el asombro siente despertar en su ser un fuego abrazador que calcina sus músculos.

(...)

La mañana siguiente, *Él* vuelve a casa con las compras del día, ahí en la cotidianidad más habitual, se percata que su apartamento que siempre ha permanecido cubierto en su totalidad por pinturas de su auditoria, posee un espacio muerto, un espacio al fondo, ¡Enigmáticamente blanco! Como si esperase ser cubierto en algún vago momento. Medita sobre el inusual espacio, valora que el blanco más puro visto por sus ojos era el de aquella dama frágil de uñas purpuras, le recuerda, parece que la deidad húmeda de exótica figura del mundo del sueño parece encajar con la misma mujer.

¡No... no es posible! Suenan en la cabeza de *Él*, *¿Cómo podría realizar tal acto?*, Palabras que hacen eco en su conciencia fragmentada... Pero recuerda vagamente lo siguiente: *“Pude notar desde el primer momento que mis ojos se postraron en ella, yo iba absortamente perdido por un vacío inexplicable, necesitaba en mí esa luz que representara la belleza etérea, porque la angustia, el miedo y la locura ya me estaban encasillando. Su aroma a flores de malva, uno cuya esencia a diez metros de distancia pude percibir, espora por espora en un lerdo transitar, su piel menester mañanero, su cabello a miel de abejas, todo... todo contra mí en un segundo”*. Estaba de más describir la escena, aunque siendo sincero nadie sabe aún con certeza como era, menos aún atribuirle descripción posible.

¡La burbuja temporal se rompe!, una puerta cae al suelo derribada, uniformes de seguridad quiebran la linealidad del tiempo, y sus rostros de pavor se presentan al ver aquella imagen indescriptible.

En el sofá, postrada en forma diseccionada descansaba algo aparentemente humano, su estado era tal que apenas se podía visualizar una masa de huesos negros de cuyos tuétanos brotaban larvas acidas, los jugos viscerales de la carne en descomposición eran manjares de gusanos que poco a poco consumían la poca forma que quedaba. La sangre seca del antiguo ser marcaba formas en el piso, la pared y el techo, formas que danzaban en colores pastel ante los ojos de *Él*.

Jamás volvió a hablar, jamás explicó el porqué del aberrante hecho, las investigaciones determinaron posteriormente que ella no fue la primera en la lista de desapariciones, solo fue la ultima parte de un rompecabezas que se esfumará con el tiempo, sin respuesta posible o explicación real. *Él*, durante sus años antes de su ejecución escribió un manuscrito que dejó mayores misterios en la sociedad sediente de justicia. Su obra llevaba por nombre: *Linaje de la emotividad, la búsqueda del color magenta*.